

Desmarests, jugaban á la berlanga. De Tillet ganó tres mil francos. Los reflejos del sol hicieron palidecer las bujías, y los jugadores presenciaron la última contradanza. En las casas de burgueses, la suprema alegría no se manifiesta sin algunas enormidades de última hora. Las personas más respetables se habían ido ya, la embriaguez de las agitaciones, el calor comunicativo de la atmósfera, los espíritus ocultos en las bebidas más inocentes ablandan las callosidades de las señoras maduras, que, por complacencia, bailan y se entregan á la locura de un momento; los hombres están acalorados, sus cabellos humedecidos les caen sobre la frente dándoles grotescas expresiones que provocan risas; las jóvenes, cada vez más ligeras; algunas flores caen de sus tocados. ¡El Momo burgués aparece seguido de sus bufonadas! Las risas estallan, entrégase cada cual á sus bromas, pensando que al día siguiente, en vez de divertirse, tendrá que trabajar. Matifat baila llevando sobre la cabeza un sombrero de señora. Celestino hace equivocar á las señoras y ellas golpean en sus manos con exageración cuando lo exigen las figuras de aquella interminable contradanza.

— ¡Cómo se divierten! decía el feliz Birotteau.

— Mientras no rompan nada, dijo Constanza á su tío.

— Habéis dado el baile más precioso que vi en mi vida, y he visto muchos, dijo de Tillet á su antiguo principal al despedirse.

Entre las sinfonías de Bethoven, hay una fanta-

sía, como un poema, que domina el final de la sinfonía en *do* menor. Cuando después de las lentas preparaciones del sublime mago, tan bien interpretadas por Habeneck, una señal del director de orquesta entusiasta hace converger todas las potencias musicales hacia el maravilloso motivo, el corazón palpita con gozo inefable. Algo así representaba en la vida de Birotteau su baile, algo semejante al efecto que producen en las almas aquellas celestes notas, á las cuales debe la sinfonía en *do* la preferencia de que es objeto entre todas las demás. Un hada luminosa llega. Se oyen crujir los cortinajes de seda purpurina que los ángeles descorren. Puertas de oro, esculpidas como las del baptisterio florentino, giran sobre sus goznes de diamantes. La mirada se pierde en horizontes espléndidos, abarca una perspectiva de palacios maravillosos de donde se deslizan seres de una naturaleza superior. ¡El incienso de las prosperidades humea, el altar de la dicha se ilumina, un aire perfumado circula! Almas de sonrisa divina, cubiertas con túnicas blancas bordadas de azul, pasan ligeramente delante de vuestros ojos, mostrando semblantes de sobrehumana belleza, formas de corrección infinita. Los amores revolotean esparciendo las llamas de sus antorchas. Sois dichosos, con una dicha que aspiráis sin comprenderla; bañándoos en las olas de celestial armonía que se derrama, ofreciendo á cada cual el deleite que más desea, os llegan al corazón y realizan las secretas esperanzas que guardabais en él. Cuando ya os hubo mostrado el cielo, por la profunda y mis-

teriosa transición de los sonidos, el encantador os lanza de nuevo á la dura realidad y os abandona cuando sentís más deseos de sumergeros en sus celestiales melodías. La historia psíquica del motivo más brillante de aquel hermoso final es muy semejante á las emociones prodigadas á Constanza y César por aquella fiesta, digno remate de su sinfonía comercial.

Fatigados, pero felices, los tres Birotteau se durmieron por la mañana entre los murmullos de aquella fiesta que, en obras, reparaciones, mobiliario, comida, refrescos, trajes y biblioteca, reintegrada á Cesarina, no bajaba, sin que César lo sospechase, de sesenta mil francos. Eso costó el fatal boton encarnado, concedido por el rey al perfumista. Si le ocurría una desgracia comercial á César Birotteau, ese gasto loco era bastante para autorizar que se le persiguiera criminalmente. Un comerciante está en el caso de la bancarrota simple si ha hecho gastos considerados como excesivos. Es, talvez, más horrible hallarse ante un tribunal de policía por inocentes bagatelas ó torpezas, que ser procesado por un inmenso fraude. A los ojos de ciertas gentes más vale ser criminal que tonto.

II

CÉSAR VENCIDO POR LA DESGRACIA

Ocho días después de aquella fiesta, último fulgor de una prosperidad de diez y ocho años próxima á extinguirse, César miraba á los transeuntes á través de los cristales de su tienda, pensando en sus múltiples negocios que iban pareciéndole complicados. Hasta entonces todo había sido fácil en su vida; fabricaba y vendía, ó compraba para revender. Desde entonces, el negocio de los terrenos, su participación en la casa A. POPINOT Y COMPAÑÍA, el reembolso de los ciento sesenta mil francos lanzados á la plaza y que reclamaban tráficos de giros que disgustarían á su mujer, ó éxitos inauditos en los asuntos de Popinot, amedrentaban al hombre por la diversidad de los conceptos, haciéndole temer que se le enredase la madeja, pues abarcaba en su mano más ovillos de los que podía buenamente devanar. ¿De qué modo manejaría Anselmo el timón de su nave? Birotteau trataba á Popinot como un profesor de retórica trata á su discípulo; desconfiaba de sus recursos y sentía no estar á su lado. El puntapié que le había largado para hacerle callar en casa de